

ñor, por uno de tus mas humildes criados. Puso en execucion su resolucion; y al descubrirle desde lexos su padre, compadecido de su miseria, salió acelerado á recibirle, le abrazó cariñoso, le besó tierno, y le regaló con grande liberalidad y júbilo. ¡O bondad de Dios! ¡O aliento de pecadores! ¡Por un *pequé* de corazon ofrece amoroso sus benignos brazos á los que ingratos le hemos vuelto las espaldas!

6. Aquel piadoso Padre no profirió palabra alguna áspera contra aquel hijo pródigo, siendo digno de la mayor severidad, ni le dixo: ¡De adónde vienes loco é insensato? ¿En dónde has estado miserable? ¿Qué has hecho, desventurado, de los bienes que te dí? ¿Como has trocado tanta gloria por tanta torpeza (*i*)? Sino solamente: Este mi hijo habia muerto y perecido, y ha sido hallado, y ha resucitado. Este hijo mio, dice: ¡O misericordia infinita! si era pecador y pródigo, ¿como es y se llama padre suyo? ¿Y cómo, llamando á su padre con tan dulce nombre, le admite éste con la misma ternura y amor que antes por hijo? *Filius meus*. Y lo que mas es, con tanta bondad y agasajo; pues le abrazó, le besó, le regaló y festejó. Ya dá la razon el sagrado Texto, diciendo: *In se reversus*: volvió en sí, pidió perdon de corazon á su padre, y dixo: *Peccavi*: pequé; y añadió: *Non sum dignus vocari filius tuus*: No merezco llamarme hijo tuyo; y es tan misericordioso, que al punto le perdona y le admite en su casa: *Hic filius meus*. Asi hace con nosotros Dios nuestro Padre, pues al ver al pecador arrepentido y humillado, le recibe otra vez por hijo suyo: *Hic filius*, para enseñarnos, que si queremos lograr los frutos tan copiosos de tan excelente oracion, si queremos alcanzar los grandes bienes que en ella se piden al Señor, nos debemos preparar para ella con un fervoroso acto de Contricion, diciendo con aquel hijo pródigo arrepentido: *Peccavi*: pequé, Dios mio, y me pesa de haberos ofendido, &c. Gracia y gloria, *ad quam*, &c. Amen.

(a) Isai. c. 63. Abraham nescivit nos, & Israel ignoravit nos; tu Domine, Pater noster, Redemptor noster, à seculo nomen tuum.

(b) Isai. c. 46. Audite me domus Jacob, & omne residuum domus Israel, qui portamini ab utero matris, qui gestamini à vulva matris usque ad senectam, & usque ad canos: ego portabo, ego feci, ego feram, ego portabo, & salvabo.

(c) Deuter. c. 32. Deum qui te genuit, dereliquisti, & oblitus es Dei Creatoris tui? Numquid non ipse est Pater tuus, qui possedit te, & fecit, & creavit te?

(d) D. Paul. ad Rom. c. 8. Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore; sed accepistis spiritum adoptionis filiorum Dei, in quo clamamus Abba, Pater.

(e) Matth. c. 19. In regeneratione cum sederit filius hominis in sede majestatis suae, &c.

(f) Joann. c. 20. Ascendo ad Patrem meum, & Patrem vestrum.

(g) 1. Joann. c. 3. Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, & simus.

(h) Luc. c. 15. Surgam, & ibo ad Patrem meum, & dicam ei: Peccavi in caelum, & coram te, &c.

(i) D. Petr. Chrysol. de duobus filiis. Non dixit unde venis? Ubi fuisti? Quid fecisti? Quare tantam gloriam tanta turpitudine commutasti? Sed: Hic filius meus mortuus erat, perierat, & inventus est.

PLATICA XVIII.

Del Proemio de la oracion Dominical: Padre nuestro que estás en los cielos.

I. La segunda palabra de la oracion del Señor es nuestro: *Noster*, para que entendamos, que todos somos hijos de Dios, y él es padre de todos. Hemos sido criados todos igualmente para lograr el reyno de los cielos; y aunque el Señor no distribuye igualmente á todos los bienes temporales; con todo eso tenemos igual derecho á los espirituales de la gracia y de la gloria. Por eso nos enseñó nuestro bien y vida Christo á llamarle *Padre nuestro*: Rogando y pidiendo unos por otros, para que logremos todos la participacion del fruto de la oracion. Es la Iglesia Catolica el cuerpo místico de Christo nuestro Redentor, y él es la cabeza: *Caput Christus*. Y como en una familia bien ordenada todo quanto adquiere un hijo, es de los demás hermanos;

nos; y como en el cuerpo natural los ojos ven por todos los miembros, las manos por todos obran, y los pies caminan por todos; así el católico, rezando esta excelentísima oración, ora por todos los Christianos, sus hermanos y miembros de la santa Iglesia, que es el cuerpo místico de Christo. Y así como un tierno infante está en las entrañas de su madre; del mismo modo estamos todos los Christianos en el seno de Dios. Y como la madre cerca al hijo que tiene en sus entrañas por todas partes; así Dios nos cerca á todos; pues en él vivimos, nos movemos y somos. Esto es no menos que verdad católica. Y sino podemos desear mal alguno al niño, que está aun en el vientre de su madre, sin que á esta no le comprenda igual daño, ni amar á la madre, y aborrecer al hijo; tampoco debemos ni podemos desear mal al proximo en quanto pende de nuestra voluntad, sin dar una herida, digamoslo así, á nuestro Dios, como ni amar al Señor, si aborrecemos al proximo. Compruebe esta verdad el Apostol, el qual dice (a): Testigo me es el Señor de que os amo á todos en las entrañas de Jesu-Christo. Por causa de esta paternal caridad, y fraternal afecto, con que debemos vivir todos los Christianos, nos enseñó y mandó Christo nuestro bien, que en su oración y nuestra digamos, no *Padre mio*, sino *nuestro*, como dice el Catecismo; porque todos somos hijos de este piadosísimo Padre, y como tales debemos rogarle y pedirle unos para otros, así como estamos obligados á unirnos y amarnos como hermanos.

2. La tercera palabra de esta oración es, *que estás: qui es*, en las quales se denota el lugar, en donde está el Señor con un modo mas especial y admirable que es en el cielo. Y si se toma el *qui es* en el sentido de ser, esto es, que eres, denota quien es el Señor, el qual solo puede decir: *Ego sum; qui sum*: Yo soy el que soy; pues el ser que tiene, esto es, inmenso é infinito no le tiene de otro sino de sí mismo. Por tanto,

to, preguntándole Moysés á Dios: ¿quál era su nombre? le dixo: *Ego sum, qui sum, hoc est nomen meum*: Yo soy el que soy; y este es mi nombre.

3. La quarta y ultima palabra del proemio de la oración del Padre nuestro es: *En los cielos: In caelis*; ¿Pues no está Dios presente en el cielo, en la tierra y en todo lugar por esencia, presencia y potencia? Así lo enseña la Fé católica, y lo declara el Catecismo. Pues si Dios está presente en todas partes, ¿cómo Christo nos enseñó á decir en esta oración: *En los cielos: In caelis*? Es la razón, porque en ellos se manifiesta mas particularmente con todo el lleno de su grandeza y gloria. Y así como un Principe ó Rey está presente, por ser Soberano en su corte y en todo su reyno por su gran poder, administrando justicia, y haciendose obedecer y respetar por sus vasallos, aunque no esté físicamente presente su real Persona por ser finita y limitada; pero tiene una ciudad principal, y en ella asentada su corte, en donde reside personalmente, manifestando su poder y grandeza, y á donde recurren todos sus súbditos á pedir á su Monarca quanto necesitan; así, y sin comparación alguna, estando Dios presente en todo lugar por esencia, presencia y potencia, manifiesta su gran poder, infinita Magestad y grandeza sin igual á todos los angeles y espiritus bienaventurados en el cielo, á donde como á su corte, acuden todos los fieles en todas sus necesidades y negocios que les ocurren, para pedirle su ayuda y socorro. Por tanto Christo nuestro bien nos enseñó y mandó dirigir todas nuestras oraciones y súplicas á aquella corte divina y celestial, en donde resplandece especialisimamente el infinito poder, gloria y magestad del Señor, expresada en la oración Dominical por estas palabras: *Que estás en los cielos: Qui es in caelis*.

4. Juntamente nos enseñó Jesus por esta expresión: *Qui es in caelis*: que estás en los cielos, á que apartando nuestro entendimiento y voluntad de las cosas ter-

renas, levantemos nuestros corazones al cielo, en donde está nuestro padre y nuestros hermanos y amigos, que son los espíritus angelicos y demás bienaventurados; y en una palabra á nuestra patria, por la qual debemos siempre suspirar; como lo enseña el Apostol, diciendo (b): Nuestra conversacion está en los cielos. Los mundanos cuidan solamente de las cosas terrenas y temporales; pero los verdaderos Christianos é hijos de Dios solo aspiran y anhelan siempre por las celestiales: de ellas se sustentan, á ellas caminan y en ellas tienen todo su corazon. Es verdad que viven con el cuerpo en la tierra; pero su conversacion y corazon habita en los cielos; porque la iglesia militante es como una ciudad celestial, regida por la corte del cielo y con sus leyes; y por tanto debemos mirarnos y reputarnos en esta vida como peregrinos, que vamos caminando á aquella patria celestial.

5. Perfectamente comprehendió esta doctrina, y la practicó felizmente el glorioso Patriarca San Francisco, el qual presentado por su padre al Obispo de Asís, para que le obligase á hacer cesion y renuncia de todos sus bienes; alegando, que los gastaba prodigamente dándole todo á los pobres; encendido en amor de Dios, los cedió y renunció con grande gusto, sin reservar sus propios vestidos, diciendo: *Jam in posterum mihi major facultas erit dicendi, & inclamandi: Pater noster, qui es in caelis*: Ahora sí, que á boca llena tendré mayor facultad de decir y clamar: Padre nuestro que estás en los cielos. Así, católicos, como despojandonos de todo afecto á las cosas terrenas, y aspirando unicamente por las celestiales, debemos con el mayor afecto y devocion decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Medió el mas eficaz para lograr su amistad y gracia, que es la prenda segura de la gloria, *ad quam &c.* Amen.

(a) D. Paul. ad Philip. c. 1. Testis est mihi Deus, quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi.

(b) D. Paul. ad Philip. c. 3. Nostra conversatio in caelis est.

PLATICA XIX.

De la primera peticion del padre nuestro: Santificado sea el tu nombre.

Todo el fin de la virtud de la esperanza es esperar en la suprema bondad é infinita misericordia de Dios, y pedir mediante esta virtud el socorro en todas nuestras necesidades. Mas ¿cómo podremos esperar y pedir á Dios, como es debido? pregunta el Catecismo; y responde: *Entendiendo bien el Padre nuestro*. Si uno ha de entrar en el palacio de un Rey, para pedirle alguna gracia, se informa antes de otro inteligente del estilo y modo de hablar al monarca, y aun de las palabras que ha de decir, para captar su voluntad, y no ofender tan alta Magestad; ¿con cuánta mas razon debe el Christiano aprender y saber, lo que pide y espera alcanzar de Dios en esta oracion Dominical? Pero ¿ó ignorancia nuestra! Quantos dicen esta oracion, sin saber, ni entender lo que en ella piden; suplican y ruegan al Señor en ella, pero sin entender lo que con ella piden: Dicen el *Padre nuestro*, sin mas inteligencia que la que tiene un niño de tres años; ¿pues cómo representarán á Dios sus necesidades sino saben ni entienden lo que suplican ni representan? Siete son las peticiones que hacemos al Señor en esta oracion; y con gran misterio las reduxo Christo á este número; pues como sabe el Escripturnario, este número de siete denota universalidad. En ellas pedimos á Dios todo quanto nos es necesario para el alma y cuerpo, así en esta vida, como en la eterna. En ellas pedimos todas las cosas que podemos y debemos desear, y suplicamos el remedio de las que debemos huir y evitar. La primera cosa que hemos de desear y pedir es la honra y gloria de Dios, la qual peticion está contenida en aquellas palabras: Santificado sea el tu nombre. La segunda

da es nuestra la salud eterna, la qual pedimos, diciendo: Venga á nos el tu reyno. La tercera es, que se cumpla la voluntad de Dios, y está comprendida en aquella petición: Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo. La quarta, es lo necesario para nuestro sustento espiritual y corporal, el qual pedimos diciendo: El pan nuestro dé cada día dánosle hoy. La quinta, es el perdon de nuestras culpas, quando decimos: Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. La sexta, es la victoria en las tentaciones, diciendo: No nos dexes caer en la tentacion. La septima es, que nos libré de todo daño de alma y cuerpo, diciendo: Mas líbranos de mal. Estas siete peticiones se hallan cifradas en los siete sellos de aquel misterioso libro que vió San Juan en su Apocalipsi (a). Tambien en los siete ojos que estaban sobre la piedra, que vió Zacarías (b): En las siete lámparas que vió San Juan delante del trono, las quales estaban siempre encendidas (c); y en los siete candeleros de oro que vió el mismo (d); en los siete cabellos de Samsón (e); y en las siete bacas hermosas, y siete espigas llenas de Faraón (f).

2. Pedimos en esta primera petición: *Sanctificetur nomen tuum*: Santificado sea el tu nombre: que sea dada á Dios toda honra y gloria. Pues no es de fé que Dios no puede ser más glorioso ni mas santo de lo que es? No es cierto que no puede aumentarse su infinita gloria y grandeza? Es constante. Pues para qué pedimos en esta oracion, que sea santificado su nombre, quando no puede ser mas santo de lo que es? *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Ya dá la razon el catecismo, diciendo: *Es pedir, que su santísimo nombre sea por todo el mundo conocido, adorado y santificado, y que todos los hombres le amen, sirvan y alaben con palabras y obras*. Es verdad que no puede santificarse ó hacerse mas santo el nombre santísimo de Dios, porque no admite aumento alguno su santidad y gloria por ser infinita; mas en cierto

modo se santifica; en quanto se hace conocer por los hombres; y por todos es amado, servido y adorado. Esto hemos de procurar con el mayor conato y afecto todos quantos nos preciamos de verdaderos hijos suyos, á imitacion de nuestro maestro Christo, el qual vino al mundo para manifestar á los hombres el nombre santísimo de su Eterno Padre, como lo dixo por boca de San Juan (g): Padre mio, he manifestado tu nombre á los hombres.

3. Podemos de muchas maneras santificar el nombre del Señor, ó cooperar de muchos modos á que se manifieste á todos los hombres, y que le amen, sirvan y adoren todos. La primera es, alabandole como lo hacen los Angeles. La segunda, manifestandole y predicandole á gentiles, moros y paganos, que adoran y tienen por Dios, al sol, á la luna y á las estrellas, ó á otras mentidas deidades. La tercera, destruyendo los errores que los hereges y cismáticos siembran por el mundo para ofuscar la verdadera ley; reduciendolos al conocimiento de la fé católica.

4. La primera manera de santificar el nombre de Dios, á imitacion de los Angeles, es alabarle como ellos lo hacen. Continuamente alaban, y alabarán al Señor por toda la eternidad los Angeles y espíritus bienaventurados con aquel dichoso cántico: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los exercitos: como los oyó y vió el Profeta Isaías (h): Por tanto, suplicamos en esta petición, que el nombre de Dios sea alabado, estimulandonos unos á otros para ello. Por eso muchos Santos no solo alabaron el nombre de Dios, sino que con todas sus fuerzas procuraron que todos le alabáran. Los tres niños de Babylonia, metidos en un horno de fuego, alabaron á Dios, manifestando su nombre á los idolatras; y tambien convidaron á todas las criaturas á que alabasen á su Criador, diciendo (i): Bendicid todas las obras del Señor al Señor. Deseando el Real Profeta alabar con todas sus fuerzas el nombre santísimo del Señor, y reconociendo con humildad su in-

suficiencia, convidó primeramente para sus alabanzas al cielo empíreo, después á todos los Angeles y espíritus bienaventurados, luego al firmamento, al sol, á la luna, á las estrellas, á los quatro elementos fuego, ayre, agua y tierra, y á todos los animales, sin omitir ni aun los dragones y serpientes; y volviendo á los racionales, convida á todos los hombres de todo sexô, estado, grado y condicion, diciendo (k): Reyes, y todos los Pueblos, los Principes y todos los Jueces de la tierra, los jóvenes y las vírgenes, los ancianos con los más jóvenes alaben el nombre del Señor; y no hallando ya mas criaturas que le alaben, exclama al fin de lo íntimo de su corazón; y dice: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Todo espíritu alabe al Señor. Como si dixera: todo lo que tenga alma, procure emplear toda su vida, su espíritu y su voz en alabar, santificar y glorificar el nombre sacratísimo de Dios.

5 Se lee en la vida de Santa Rosa de Lima, que estando la Santa rezando el oficio divino en un jardín, y poniendose á cantar el referido Psalmo, al convidar á los árboles para que alabasen á su Criador y Señor, haciendo lenguas de sus hojas, é inclinando sus ramas hasta la tierra, con un tono rudo alabaron juntamente con ella al Señor: demostrando el cielo, quán agradable le era á su Hacedor que se santificase su nombre, y el que los hombres cooperen á que todos le alaben y santifiquen. *Sanctificetur nomen tuum*.

6 La segunda es, llevando su santísimo nombre, y manifestandole á los gentiles, moros y paganos en aquellos dilatados Reynos, en donde no habia sido antes oído; cuyos habitantes adoran y tienen por Dios á el sol, á la luna, y á otros ídolos de piedra, madera ó metal, fabricados por manos de los hombres. ¡O ceguedad deplorable! ¡Qué consuelo y alegría será tan grande para los católicos verdaderos y zelosos de la honra y gloria del Señor, el ver fixar y enarbolar el estandarte real, celestial y divino de la sacratísima Cruz del Salvador en

aquellos Reynos y Provincias, en señal de que ya le reconocen por su verdadero Dios y Criador, y que ya está en ellas sembrada la fé católica! ¡Quánto será el júbilo y regocijo de los buenos christianos, quando vean que aquellos nuevos fieles abrazan nuestra santa ley con tanto anhelo, fervor y devoción, y observan con la mayor exactitud los divinos preceptos! Este segundo modo de santificar el nombre del Señor, es á su Magestad tan agradable, que muchas veces ha revelado á varias almas justas suplicasen á Dios por la conversion de los infieles. La venerable Madre Maria de la Encarnación, suplicaba á Dios en esta forma: Deseo, Señor, satisfacer á vuestra Magestad las obligaciones que os deben todos los hombres, y para satisfacer por ellos á vuestra Magestad, abrazo, os presento, y suplico la conversion de todos. ¡Ay! no permitais que sea por mas tiempo ignorado de las almas mi amado Jesus: Haced que vivan por Jesus, el qual murió por todas ellas. Estais viendo, ó Padre Eterno, que muchas están ciertamente muertas. ¡Ah Señor! haced, os suplico encarecidamente, por el divino corazón de Jesus, que finalmente empiecen á vivir; y así merezcan después estar eternamente con Vos.

7 La tercera es, refutando los errores de los hereges y cismáticos, que intentan con ellos ofuscar la luz de la verdadera fé; y reduciendolos á su conocimiento. El Benjamín de la Iglesia vió en espíritu profético (l), á el Angel del abismo, llamado en hebreo *abaddon*, en griego *appollion*, y en latin *exterminator*. Y con razon se llama *exterminador*, porque con sus sequaces los hereges procura acabar, destruir y exterminar la santa Iglesia. Lo primero, blasfemando de la bondad infinita de Dios, haciendole autor del pecado: lo segundo, negando á los santos Sacramentos su debido culto: lo tercero, privando á las almas del purgatorio de los sufragios: lo quarto, negando la cabeza visible de la Iglesia, que es el Sumo Pontífice, Vicario en la tierra de Christo Señor nuestro, pervirtiendo todo el orden eclesiásti-

co, y procurando ponerle en la mayor confusion: lo quinto, solicitando negar la eficacia, y virtud de los santos Sacramentos, columnas y firmamentos de nuestra fé, y negando ultimamente la presencia física y real de Christo Señor nuestro en el augusto Sacramento de la Eucaristía. Contra estos envia Dios hombres muy santos y doctos á aquellas Provincias que se hallan infestadas de tan perniciosos errores, para ilustrarlos en los verdaderos dogmas, y reducirlos á la fé católica. Con ellos trabajan continuamente muchos Religiosos, á fin de que en aquellas Provincias sea santificado el nombre sagrado del Señor, dispuestos siempre á derramar su sangre en defensa de su santísima fé. Asi debemos todos orar y pedir á su divina Magestad, que sea alabado y santificado su sacratísimo nombre: *Sanctificetur nomen tuum*: y que le honren todas las criaturas, para que con los espiritus angélicos y bienaventurados le cantemos debidas alabanzas en la gloria, *ad quam, &c.* Amen.

(a) Apoc. c. 5. Et vidi in dextera sedentis supra thronum, librum, &c.

(b) Zachar. c. 3. Super lapidem unum septem oculi sunt.

(c) Apoc. c. 4. Et septem lampades ardentes ante thronum.

(d) Apoc. c. 1. Et conversus vidi septem candelabra aurea.

(e) Judic. c. 16.

(f) Gen. c. 41.

(g) Joan. c. 17. Pater manifestavi nomen tuum hominibus.

(h) Isaia c. 6. Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum.

(i) Dan. c. 3. Benedicite omnia opera Domini Domino.

(k) Psalm. 148. Reges, et omnes populi, Principes, et omnes Judices terræ, juvenes, et virgines, senes cum junioribus laudent nomen Domini.

(l) Apoc. c. 9. Angelum abyssi, cui nomen hebraicè abaddon, grecè appollion, latinè exterminator.

PLATICA XX.

De la segunda peticion.

Venga á nos el tu reyno.

Pedimos y suplicamos á Dios en esta segunda peticion: *Adveniat regnum tuum*: Venga á nos el tu reyno, que esté en nosotros por gracia, y despues nos dé la gloria. Pregunto ahora, ¿no es Dios el supremo Señor de cielos y tierra, que no reconoce superior, ni igual á sí? Asi lo dice San Pablo (a): El es el solo poderoso, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. ¿No es omnipotente, y por tanto, todo quanto quiso y quiere, hizo y hace en el cielo y en la tierra? (b) Asi lo canta David (c): Hizo el Señor todo quanto quiso en el cielo y en la tierra? ¿Pues cómo le pedimos que reyne en nosotros? *Adveniat regnum tuum*? Las mismas palabras dán la capáz satisfaccion á la pregunta. No le pedimos al Señor que venga á nosotros absolutamente el reyno, sino el suyo. Es la razon, porque en el mundo hay otro reyno, que no es el de Dios. Este es muy dilatado, y le permite su divina Magestad por sus inexcrutables juicios. Su Rey, que tiene baxo de su mando una multitud q así infinita de vasallos, es el demonio, el qual gobierna tiranamente á las almas, dirigiendolas á el pecado, á la concupiscencia y depravadas pasiones. Por tanto, enseñados por nuestro celestial maestro Christo, pedimos que venga á nosotros su santo reyno: *Adveniat regnum tuum*. Es lo mismo que si dixesemos: Sea echado de nosotros el demonio, y dignese el Señor de habitar en nuestras almas, como Dios que es, y supremo Rey, Dueño y Redentor nuestro. Este gran Dios tiene tres reynos; es á saber, el reyno espiritual de la gracia: el de la gloria; y el perfecto y consumado de Christo nuestro Redentor; y estos tres son los que le

su-